



ANTONIO DOMÍNGUEZ HIDALGO

EL DESAPARECIDO

(Siempre he vivido deseando lo que no puedo tener. ¡Y pensar que trabajo tanto para nada! De qué me sirve, si a cada rato un montón de problemas interfieren mis deseos y estrellan mis ilusiones. No me alcanza el sueldo. La renta, los niños, la ropa, la comida. Luego cuando se enferman. ¡Oh! Me desespero. En cambio Don Ignacio, mi patrón, sin hacer nada, con sólo firmar unos cuantos papeluchos, gana miles y miles. Si no, ¿de dónde sacaría para la súper casona que tiene y para las opulencias que la adornan, dizque amante de las antigüedades? ¿Y para la colección de automóviles que ostenta: carros de todas marcas, tamaños y lujos? ¿Y los deportivos que les ha comprado a sus holgazanes hijos? ¿Y el rancho de descanso en la sierra? ¿Y la mansión en la costa con playa particular? ¿Y su quinta de descanso veraniego en Miami? ¡Qué rabia! ¡Pinche sociedad de ricos o pinche suerte la mía!

Mientras que yo me friego el lomo haciendo números y más números para calcular los gastos de entradas y salidas, hago presupuestos y pagos o planifico las inversiones de la compañía, Antolínez vive como rey, sólo el título le falta, porque en cuestión de

dineros, no necesita más. Si yo pudiera ganar un cinco por ciento de lo que él recibe... Sé que mi trabajo es eficiente y correcto. Así lo ha reconocido el mismo patrón; acaso por eso no me ha corrido como a muchos. Sabe que le convengo y me dora la píldora diciéndole a los demás que soy una pieza importante en su empresa. De ahí se valen algunos resentidos y envidiosos para murmurar que soy un presumido lambiscón. ¡Para lo que me importa hacer amistades con los de la compañía! Todos son una runfla de mediocres.

Reconozco que no soy muy modesto. La modestia es una forma de ser vanidoso. Estoy convencido de ello. Estoy seguro de merecer más que la “distinción”, entre comillas, que me dispensa el dueño. Yo valgo más que él; sé más y sobre todo, trabajo más. Mientras yo me jodo haciendo planes y cálculos, los holgazanes de sus hijos se la pasan tonteando en la universidad; como lo tienen todo, ni un poco de esfuerzo siquiera les cuesta. Saben que está a su disposición la cuenta bancaria que cada uno tiene y que su padre les abrió; que a donde quiera que vayan, por el solo hecho de ser hijos del señor don Ignacio Antolínez y Alcántara tendrán a su disposición hasta lo más difícil de conseguir. El dinero todo lo compra. ¡Infelices!

Cuántas veces he deseado tener siquiera uno de esos automóviles que lucen sus hijos, pero... ¡Cuestan tanto! Tengo que conformarme con trasladarme en colectivos con la mugre de sueldo que me da. Aunque si me propusiera, ahorrando, obtendría lo que deseo, mas, sacrificando a mis hijos y a mi esposa. Eso me detiene. ¡Pinche responsabilidad! Después de todo, no debo ser un mal padre. Quizás ellos logren tener lo que yo no he podido. Si es que no salen igual a mí o a su madre. Pero yo tengo la culpa por haberme casado tan joven. Todo por cachondo.

Lo mejor es resignarse con lo que uno tiene. ¿Resignarse? ¿Pero por qué? Mientras el idiota del patrón desperdicia en insignificancias, mi familia sufre los efectos de la impotencia y de la desigualdad. Nada más por eso quisiera que fuera cierto lo que algunos predicán sobre socialismo. ¡Abajo los burgueses explotadores! ¡Qué haya igualdad económica! ¡Qué cada quien tenga según su propio esfuerzo! ¡Bah, sueños! No hay más consuelo que tragarse la rabia y los resentimientos!

Cómo quisiera comprar uno de esos automóviles que el viejo Ignacio tiene y sentarme cómodamente al volante, encender la marcha, deslizarme por las calles, tal cual si estuviera flotando; y escuchando el estéreo con su envolvente volumen, salir de la ciudad cuando se me diera en gana. ¡Ah! No sé por qué me gustan tanto sus autos. Eso sí, tiene buen gusto como coleccionista...y el capital. ¡Un modelo del año como los de Antolínez! No sé qué daría.)

* * * * *

—Diga señora, ¿qué desea?

—Disculpe usted mi nerviosismo, pero es que mi esposo hace cuatro días que no llega a casa y estoy preocupada por él. Nunca había sucedido esto. Sé que la empresa a veces lo manda fueras, a viajes de negocios, pero siempre me avisa. En cambio ahora... no...

—¡Ah! ¿Usted es la esposa de Suárez?

—Sí, señorita.

—Pues el señor Antolínez está muy disgustado, porque hace precisamente cuatro días que no se presenta en las oficinas y tenemos mucho trabajo. Sobre todo él, que se había ganado la confianza de Don Ignacio y se iba convirtiendo en su dedo chiquito. Dígame si ya no va a regresar para informar al patrón de esto y buscar otro...

—¿Despedirlo?

—¡Claro! Por informal e incumplido, aunque cabe hacer la aclaración, ya que lo merece, jamás se había tenido queja de él. Siempre se hablaba de su excelente profesionalismo. Precisamente don Ignacio tenía pensado aumentarle al doble el sueldo, pero ahora que...

—¡Es que no sabemos dónde se encuentra! ¡Ha desaparecido! Sus familiares y yo lo hemos buscado hasta en los lugares más inapropiados y no logramos hallarlo. No nos explicamos. No tenía enemigos. Alguna que otra vez se le pasaban las copas con sus amigos, pero siempre regresaba a casa. Ahora... hace cuatro días... De seguro le ha de haber pasado algo.

—Lo siento, señora. Le informaré al señor Antolínez para que tome las medidas necesarias. Mientras, le recomiendo que llame a la policía.

—Ya lo he hecho señorita.

—Bueno, eso es problema suyo. Le suplico se retire pues tenemos mucho trabajo y pocos empleados... Tramite la póliza de vida, por si acaso...

* * * * *

(¡Qué me ha sucedido! ¿Dónde están mis manos y mis piernas? No puedo moverme. Ya no soy yo. ¿Qué es lo que me ha pasado? Quiero hablar y no puedo. La gente pasa a mi rededor y se queda viéndome sin dirigirme la palabra. ¿Por qué no me hacen caso? ¿No me oyen? ¡Escúchenme! ¡Escúchenme por favor! Se los suplico. ¡Sálvenme!

¡Sálvenme...!

¡Oh! ¡Es inútil! Es como si... como si fuera un objeto más... como si yo fuera una cosa... como si no me vieran tirado en la calle. ¡Auxilio! ¡Yo soy Armando Suárez contador público! ¡Trabajo en la compañía comercial Antolínez y Alcántara! Tengo esposa, tres hijos, familiares. ¿No me oyen...? O...¿fingen no oírme? ¿Acaso soy una piedra, un animal, un objeto? ¡Mírenme...!

Nadie me escucha. Parece que mis gritos solamente los emitiera en el silencio. ¡Auxilio!

¡Auxilio! ¡Oh! ¡Es inútil! Sólo me miran y se alejan murmurando, como si contemplaran asombrados un objeto nada más...)

* * * * *

(Dos semanas y ni un rastro de Armando. ¿Qué se habrá hecho de él? Los niños me preguntan a cada rato por su papá y no sé qué responderles. No sé si decirles la verdad... No puedo hacerme a la idea de que esté muerto. Su cadáver no ha sido localizado, ¿entonces...? ¡No sabemos! ¡Ojalá que pronto...!)

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ya se llevan el carro abandonado. Ése que dejaron allí desde hace dos semanas. La grúa vino por él. ¡Ven a ver!

—Ahora no...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ven! Verás qué padre carro. Jamás había visto uno igual... ¡Qué color ¡qué lujo! A papá le gustaría tener uno así... ¡Está padrísimo!

* * * * *

(¡Qué me hacen! ¡Qué hace toda esta gente a mi alrededor! ¡Y esa grúa! Comienza a andar y me arrastra como si fuera... ¡Oh! ¡No! ¡Auxilio! ¡No soy un auto! ¡Soy un hombre! ¡Soy un hombre! ¡Me llamo Armando Suárez! ¡Soy contador público y trabajo en la compañía comercial Antolínez y Alcantara! ¡No soy un auto! ¡No soy un objeto! ¡No soy una cosa! ¡Auxilio!)

* * * * *

—¿Viste mamá? ¡Qué carrazo! ¿De quién sería...?

—Quién sabe... (¡Cuánto hubiera dado Armando por ser dueño de un automóvil como ése!)

—¿Por qué lloras mamá?

—No... no lloro hijo. Pensaba. Es algo difícil que tienes que saber...

* * * * *

PEQUEÑAS NOTICIAS: “En la subasta mensual de automóviles, en vista de no haber aparecido el dueño y de que ni siquiera se hallaba registrado debidamente, se remató el sensacional automóvil que apareció abandonado frente al número 1944 de la calle San Antonio. El afortunado comprador fue nada menos que el conocido y acaudalado hombre de negocios don Ignacio Antolínez y Alcántara. Un carro más para su ya famosa colección...”

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

